

CHINA

En el año 2009, tuve ocasión de viajar a China. Ese inmenso país, siempre legendario, que de unos años acá se ha hecho muy visible en España, primero por los restaurantes y después por esas tiendas de ‘baratillo’ en las que encuentras de todo.

Hace muchos años, recién terminada mi carrera universitaria, me cayó en las manos un librito de Historia de China. Aquel libro, que aún conservo, tenía no sólo unas preciosas ilustraciones, sino que también tenía unos muy útiles cuadros cronológicos que mostraban bien a las claras cómo mientras en Europa andábamos en la edad de piedra, en China la cultura era algo ya sofisticado y muy rico.

Bastante tiempo después, con ocasión de la EXPO92, tuve la oportunidad de visitar el pabellón de China. Los paisajes, las piezas artísticas, la pequeña referencia a los inventos como la tinta, el papel y la imprenta (para algo soy de letras) me dejaron apabullada. Una vez más comprendí que lo que aquí llamamos ‘Historia Universal’ pomposamente, no deja de ser la aproximación deficiente y etnocéntrica a las ‘glorias’ europeas, como la Guerra de los cien años, la de las Cuatro rosas y un puñado más. Mientras que ignoramos todo o casi todo de otros mundos donde han florecido imperios, culturas, técnicas y formas de pensamiento más que notables.

De manera que, cuando se me presentó la oferta de ir a China, en compañía de una experta en aquel país, no lo dude ni un minuto. Pero, ¡qué decepción!

No queda nada de aquello que de niña se llamaban ‘cuentos chinos’ y que yo leí con fruición en una edición preciosa, ilustrada por el dibujante Freixas. Este hombre tenía la rara habilidad de sugerir a una sola tinta todo un mundo de fantasía, haciendo flotar sobre las páginas del libro princesas con trajes fabulosos, viejas brujas, campesinos con sus gorros de paja en pico, guerreros feroces o príncipes hermosos, montados sobre caballos de largas crines. Pero, si la imagen de estos cuentos era de alguna manera demasiado ‘imaginativa’, sólo semejante a las descripciones de Marco Polo, la verdad es que los libros de Historia y de Filosofía nos presentan una China compleja, violenta, pero exquisita, sofisticada y cargada de valores, de imaginación, de sentido artístico. Las pinturas, los textos de los viejos poemas y novelas, las porcelanas, los marfiles y el jade, las sedas, la propia escritura, todo ello rezuma refinamiento y una larga reflexión sobre la realidad y sobre el hombre y sus dioses.

El viaje nos llevó, menos mal, hasta el refugio de los guerreros de terracota, hasta algunos restos de casas señoriales y a algunos templos budistas y jardines de bonsáis, así como a fábricas de seda o plantaciones de té. Pero, aquello de lo que se sentían más orgullosos no era ni el Palacio de Verano, la Ciudad Prohibida o el templo del Cielo, sino de los rascacielos cubiertos de neones y de aparatos de aire acondicionado de Shanghai, del consumo de copias del Mercado de Seda o de mostrar cómo han preservado esos barrios vergonzantes del ‘antiguo Pekín’ (ahora Beijing).

Los guías dicen unas barbaridades acerca de la filosofía clásica o de la religión de los antepasados, del budismo y de cualquier cosa que se parezca a pensamiento, reflexión e ideas, que tiembla el firmamento. Ignoran todo acerca de su propia cultura, de su teatro, de su música, de su pintura, de su escultura. Todo ello, los restos que muestran, lo han convertido en un negocio y en una exhibición para turistas. Han montado un gran decorado para que quede bonito en las fotos. No hay más que asomarse a algún callejón o ir con los ojos bien abiertos desde el autobús, para darse cuenta de la miseria que no te dejan ver.

No tuve mucha ocasión de contemplar paisajes, salvo el que se ve desde la Gran Muralla, el que rodea al río Li, el desierto de Gobi, desde el avión, o algunos campos en el desplazamiento que hice en tren. Eso me dio la idea de que la naturaleza es en

algunos lugares bellísima, que el campo sigue siendo mísero y que las ciudades sólo se cuentan por los millones de habitantes que se hacían en ellas o lo caros que son los apartamentos en determinadas zonas. El yuan es la medida del mundo.

Me alegré de haber ido a China, por fin, pero regresé triste y decepcionada, sobre todo de que consideraran que su pasado no importaba. Es cierto que en muchos aspectos fue duro y excluyó a millones de personas, pero también produjo muchas maravillas que les dan identidad.

Lo más triste es que para demostrar tolerancia te enseñan unas mezquitas ruinosas en barrios infectos o te llevan a templos budistas en donde tristes monjes sobreviven sometidos a constante vigilancia. No digamos nada de otras confesiones religiosas o de otras etnias que no sean la dominante.

En fin, el imperio del futuro tiene los pies de barro, porque sólo cree en el poder del dinero.